

La sexualidad adolescente y su época

Marcos Korembli

Tomando en cuenta la importancia de los procesos históricos sociales en la construcción de subjetividad, propongo en este trabajo preguntarnos acerca de la existencia o no de invariantes en nuestra práctica y en la clínica con adolescentes. Este interrogante cobra además un particular relieve frente a las novedades que nos presentan los jóvenes en esta época en el campo de la sexualidad.

Haciendo un breve recorrido conceptual recordemos que Freud en los Tres ensayos... de 1905 describió la sexualidad como acometida en dos tiempos. Esta idea la enriqueció años después en “Moisés y la religión monoteísta” de 1937, donde el período de latencia queda situado como inherente al proceso de represión. A la manera del trauma en dos tiempos, el segundo, vía retorno de lo reprimido, será el puberal-adolescente.

La sexualidad adolescente en la actualidad prolonga su definición, en tanto este segundo tiempo es distinto respecto de aquello que Freud observó en su época.

En términos generales cabe preguntarnos si la sexualidad adolescente hoy es realmente diferente, o estamos experimentando una época donde habría una mayor tolerancia social hacia lo diferente, en tanto lo que ayer estaba sumergido hoy lo vemos emergido.

Debemos trabajar la pregunta porque lo diferente nos suscita nuevos interrogantes:

La primera cuestión para pensar la sexualidad adolescente actual sería evaluar si es posible algún tipo de parámetro que nos permita establecer comparaciones respecto a cómo era la sexualidad adoles-

cente en otras épocas. Esto nos obliga de entrada a definir cómo concebimos a la sexualidad en su conjunto, es decir incluida en el discurso social de una época.

Empecemos definiendo algunos términos:

1) cuando hablamos de sexualidad en psicoanálisis todos estaríamos de acuerdo que nos referimos a la psicosexualidad y no a prácticas sexuales concretas: la sexualidad infantil tal como Freud nos la enseñó ligada a conceptos como inconsciente, pulsión, castración, trama edípica, etc.

2) La otra cuestión tiene que ver con incluir la sexualidad en la adolescencia: ¿es posible hablar de “la adolescencia” o convendría referirnos a “las Adolescencias”? Esto lleva implícita la idea de la adolescencia como procesamiento subjetivo, singular, y no a la adolescencia como categoría. Así, y haciendo peso en lo singular, entiendo que existen múltiples y diferentes resoluciones posibles de las adolescencias.

Para acotar la discusión quisiera entonces reformular la pregunta inicial re-evaluando si es distinta “la consulta” en relación a la sexualidad adolescente en esta época.

Con esto estoy intentando restringir mi exposición exclusivamente al ámbito de la consulta psicoanalítica, entendiendo que “la sexualidad” podría ser analizada también desde muchos otros campos: sociales, antropológicos, sexológicos, etc.

El polo social lejos de ser un campo que podríamos excluir –ya que además el discurso social está siempre presente y muy especialmente expresándose en nuestros consultorios– al menos pretendo darle algún tipo de especificidad en cuanto a la materia que a nosotros nos compete, es decir: la sexualidad adolescente para nosotros los psicoanalistas.

Sé que esto conlleva una división algo arbitraria ya que nosotros también estamos atravesados por cambios en el discurso social de la época que nos toca vivir. Volveré sobre esto.

Material clínico

Dos viñetas clínicas: en ambas la consulta fue motivada por preocupación por parte de los padres en cuanto a la “Identidad” sexual –término que habría que discutir– de sus hijos; en ambas los chicos se mostraron poco o nada implicados en la preocupación que sus padres traían.

Juan 17 años

Los padres consultan ya que hace un año aproximadamente Juan expresó sus “dudas a nivel sexual”. Quieren averiguar si esto que le pasa es “propio de la edad” como les dijo alguien cuya opinión es valorada por ellos.

La madre atribuye la responsabilidad a una sobrina suya, que es lesbiana, con quien Juan tiene mucha afinidad; esta prima lo llevó a un boliche gay donde conoció a un muchacho.

Esta situación la descubrieron a través de Inés, la hermana de Juan, quien le interceptó los mails de intercambio con el otro chico.

Definen a Juan como alguien bastante retraído, con pocos amigos, y más afín con las chicas, “que son más de su nivel” dice la madre. “Los chicos son más negritos”.

Con las chicas se junta a hacer las tareas. No le gusta el fútbol.

Piensan que la prima fue quien lo indujo a “hacer todo esto”. Me preguntan si conviene prohibirle que la siga viendo, y la madre agrega en relación al mail que le descubrieron: ... “no puedo creer que mi hijo escriba esto... seguro que la prima se lo escribió”.

Cuando entrevisto a Juan me cuenta que está terminando el secundario y muy entusiasmado con la organización de su viaje de egresados.

Proyecta estudiar una carrera ligada al arte, pero refiere que sus padres no están contentos con esta elección, ya que lo ven como un pasatiempo y nada más. “Pero yo no me guío por lo que dice mi familia; hay que hacer lo que uno quiere” dice Juan.

Habla de la relación familiar a la que describe como buena, salvo

con Inés con quien está enojado porque hace poco le hackeó los mails; “saltó todo lo de un chico y me quedé con mucha bronca, lo sentí como una violación”.

“Me da bronca que ellos lo tomen como una enfermedad. Yo soy un chico y tengo que experimentar” agrega.

“Mis viejos le echan la culpa a mi prima, pero yo ya venía con esto desde antes; yo le pedí a ella que me lleve a bailar a un boliche de éstos y ahí conocí a Daniel. Con él es la única persona con la que me siento libre.

Yo no sé qué me gusta, creo que es cuestión de experimentar.

Me preocupa más por el tema familiar; tengo un tío que es gay y drogadicto, y ellos lo asocian y entonces lo excomulgan.

Y yo odio que me comparen con él. Lo que más bronca me da es el prototipo que tienen: a mí la droga no me gusta y el alcohol tampoco. Ellos tienen el prototipo de gay, alcohol y drogas.

Yo no lo veo como un tema preocupante. Hoy está siendo un poco más aceptado que antes.

Lo que más me preocupa es la familia.

Además yo me pregunto: ¿por qué a un hombre le gusta ver dos mujeres besándose, y no se banca dos hombres besándose?”.

Martín, 17 años también

Los padres consultan muy angustiados, ya que acaban de descubrir una página de videos gay en la computadora de Martín.

Lo describen como un chico muy tranquilo, poco sociable, al que no le gustan las salidas grupales “justificándose” con que se aburre y prefiere quedarse en casa.

Sus actividades favoritas consisten en bajarse programas o hacer páginas de Internet. Se pasa muchas horas con la puerta de su habitación cerrada.

Agregan que cada tanto Martín tiene unos desmayos, que ha sido estudiado clínicamente y no se le ha encontrado ninguna causa aparente.

Siendo el menor de tres varones, el padre dice que Martín no tiene la agresividad de sus hermanos; “se recluye, se aparta y no le gustan

los deportes ni los juegos en grupo. Es bastante retraído y tímido y su mundo pasa por la PC y la televisión”.

Agrega que ellos son tranquilos también, con poca vida social.

La madre agrega que Martín tiene una amiga virtual con la que habla todo el día.

El padre dice que “Martín nunca mira a las chicas, que él lo ve como neutro, lineal y por eso la sorpresa tiene otro sub-mundo al lado tuyo y ni te enterás. Antes nos preocupaba que no tuviera amigos y ahora nos preocupa que sí los tenga” (en relación a algún posible contacto homosexual).

Refieren que siempre se relacionó mejor con sus compañeras, aunque tampoco parece establecer contactos demasiado cercanos.

El padre dice que intentó de chico llevarlo a jugar al fútbol y que Martín accedía sólo “para cumplir” con él. Sus hermanos, en cambio, son excelentes deportistas.

Refiere también que él es muy tranquilo y que nunca antes pensaron en consultar para “no cargarlo de problemas” a Martín.

Es evidente que el descubrimiento del tema gay en Martín implicó un impacto enorme para estos padres; parecía como si pusiera en descubierto algo que hasta el momento había sido desmentido.

Cuando entrevisto a Martín, me encontré con un chico poco motivado a la consulta, solo trayendo el tema de los desmayos, siendo que éste fue el motivo por el cual sus padres le dijeron que vendría.

Frente a esta perspectiva intenté durante un tiempo mantener entrevistas con Martín por un lado, y con los padres por otro, las que abandonaron a poco de andar.

La madre en parte avalaba el retraimiento y la exclusión social de Martín ya que de este modo, no se exponía a “...posibles robos que podrían sucederle...”

Discusión metapsicológica y psicopatología adolescente

Clásicamente frente a consultas de este tipo solíamos hacer un primer nivel de discriminación conceptual: o las pensábamos en términos de *acting-out* –puesta en escena como expresión de una

conflictiva actual— o intentábamos precisar si se trataban de trastornos del orden de “la identidad”, en el posicionamiento sexual, como algo más definitivo o por lo menos que compromete en mayor medida al sujeto en su conjunto.

Otra manera clásica de aproximarnos a esta clínica fue a través de conceptos como “recursos maníacos”, del lado de la negación y omnipotencia, donde la angustia queda depositada en los padres por un predominio en el uso de la identificación proyectiva.

¿Es posible pensar la clínica adolescente de esta manera o es un problema de perspectiva? De este modo nosotros, los adultos, los de otra generación somos quienes designamos manía, escisión o negación allí donde un paciente no se problematiza, siendo que además, éste resulta un mecanismo por excelencia en el transcurrir adolescente.

¿Estaremos atravesando una época en que habría que buscar otras categorías conceptuales para designar fenómenos que no conocemos o nos cuesta entender, y que nuestro andamiaje conceptual, clínico y psicopatológico habitual no alcanza a cubrir?

¿O utilizando nuevos ropajes imaginarios —tan alejados del recuerdo de nuestra propia adolescencia— la clínica actual recubre con mayor espesor las mismas constantes estructurales que sólo se mantienen ocultas tras ellas?

Acerca del síntoma

¿Dónde está el síntoma? ¿Quién lo porta? ¿Es posible pensar un análisis en el que no exista una implicación subjetiva en el síntoma, por parte de quien consulta? Estas preguntas nos obligan a evaluar qué pensamos respecto del síntoma en situaciones clínicas como las presentadas, y por otro lado y en asociación con ello, a formularnos cómo operar, es decir nuestra posición como analistas ante este tipo de problemáticas.

Un primer intento de respuesta, que no pretende para nada ser definitiva, es considerar el clima en el que el relato de las escenas sucede, cuán involucrado está el paciente con el síntoma supuesto, y si hay o no producción de angustia en relación al mismo.

Las viñetas presentadas dan cuenta de la ilusión de adolescentes

que investigan libremente un posible menú de posicionamientos sexuales para después elegir. Así Juan nos habla de “su necesidad de explorar”, que podemos creer o no, en el sentido de verlo mucho más definido en su posición sexual de lo que él mismo puede estar dispuesto a reconocerse –o frente a nosotros en tanto representantes del mundo adulto.

Igualmente esto nos obliga a evaluar esta problemática también, y tal como Juan lo formula, dentro de la necesidad adolescente de crear un espacio de exploración y de investigación. Nuestra función consistirá en esperar, respetar y acompañar un tiempo de moratoria antes de encasillar psicopatológicamente lo que todavía desconocemos qué cauces y derivaciones tendrá.

La situación de Martín se presenta más compleja. En éste los padres están muy involucrados en una modalidad de funcionamiento que tendería a reforzar el aislamiento del chico y que sólo se ve cuestionado a partir de los desmayos aparentemente sin sentido, o con la aparición de la Página gay en la familia.

Posicionamiento sexual en la adolescencia

Tal como antes planteé: ¿es lícito que hablemos de “Identidad” tanto en el campo sexual como en la adolescencia en particular? Sabemos del riesgo en el uso de este término al suponer consistente algo que en realidad no es, sentenciando algo de manera definitiva, de una vez y para siempre.

Este tema además resulta especialmente complejo cuando de sexualidad estamos hablando. Entiendo que la identidad, lejos de ser conocida, será algo que podrá ser reconocida “a posteriori” en el mejor de los casos. Con esto quiero subrayar lo problemático que resulta el término identidad, en tanto estamos discutiendo una temática, la sexualidad, que siempre tiene algo de enigmática, ambigua y misteriosa.

La posición del analista también debe moverse en el mismo terreno, con la incertidumbre que esto conlleva, y sin ofrecer respuestas *cliché* pre-establecidas que intenten ordenar la cuestión de la sexualidad que tiene algo desordenado ya por definición.

Además es justamente en la adolescencia donde “la identidad” se verá cuestionada, conmovida, así como en todo análisis que se precie de tal. El joven llegará a la adolescencia con los títulos en el bolsillo para ser usados, y habrá que ver entonces cómo se irán jugando las distintas cartas identificatorias. La “Identificación” en tanto respuesta a un enigma, será entonces un intento de estabilización a través del Ideal, que lejos de ser fijo, es siempre oscilante y engañoso.

Siguiendo con esta línea: ¿podemos pensar la adolescencia como un momento donde ya es posible adscribirle al sujeto un posicionamiento sexual definitivo?

En la adolescencia se expresarán corrientes pulsionales que probablemente se venían manteniendo –durante y– en latencia y que harán eclosión a partir de ahora, o incluso después también. En este momento vacilarán las respuestas y el orden de creencias que el sujeto creía traer consistentes desde la latencia.

También deberíamos pensar la cultura creando condiciones y condicionantes que asistirán a la puesta en obra del posicionamiento sexual.

Nuestro motor será investigar cuál es el deseo en juego, sabiendo que éste puede no necesariamente coincidir con el deseo de los padres, expresión de la trama social en la que los padres también están inmersos.

En la adolescencia la enunciación todavía puede estar dada desde afuera y el sujeto todavía no estar en condiciones de tomar una posición propia, singular y mucho menos definitiva.

El posicionamiento sexual deberíamos pensarlo en relación a la castración y en la aceptación o no de la misma, y no en base a conductas sexuales, cuyo significado siempre enigmático, habrá que incluir dentro de una trama significativa.

Lugar de los padres

Situaciones clínicas como las presentadas nos hace pensar en cómo, cuánto y de qué manera incluimos a los padres en los tratamientos con adolescentes. El trabajo de cada cual habrá que pensarlo dentro de su propia singularidad, pero un primer nivel de aproximación

seguramente rondará en el tema de los Ideales de los padres, como algo a ser trabajado de manera intensa y sostenida.

Una posible manera de conceptualizar estos fenómenos clínicos es la que algunos autores describen como inversión de la escena primaria. En éste son los padres quienes desde sus propios celos y curiosidad, pretenden incluirse en la habitación de sus hijos al no tolerar la exclusión.¹

“Un individuo joven sale de la adolescencia cuando la angustia de sus padres no le produce ningún efecto inhibitor” dice Francoise Dolto. Entiendo que intenta tomar como referencia para el final de la adolescencia cuando un joven se puede independizar de los movimientos de angustia de sus padres. Su angustia dependerá ya de sus propias señales y no de la de sus padres, tanto concreta como metapsicológicamente, como un mayor logro en su posición subjetiva.

Los adolescentes actuales han nacido en medios donde la influencia, entre otros, de Internet y los medios de comunicación ligados a la imagen y al instante, nos obliga a volver a pensar muchos de los paradigmas que creíamos tener y desde los cuales nos sosteníamos para entender la producción de subjetividad adolescente.² Esto lleva de manera asociada una inversión en cuanto al lugar del saber que antes creíamos tener posesión exclusiva los mayores.³

La organización de ciertas pautas, tiempos y espacios con la que los padres fueron educados, los hábitos y ciertos primeros vínculos fuera del hogar, en el caso de sus hijos, hoy no resulta. Antes los padres se

¹ Carlos Moguillansky en relación a la posición del sujeto en la escena primaria, y basándose en conceptos de Benito López, diferencia espacio de intimidad de área de reserva.

En esta última “...predomina un juego de exhibiciones y escondidas con intención de convocar a un tercero y desplegar así una permutación de los términos de la escena primaria...” (C. Moguillansky, 1995).

² “Su tiempo no será el desarrollo diacrónico del relato, en el cual un significante remite a los siguientes o a los anteriores, sino el despliegue sincrónico de la imagen, instantánea, fugaz, y por eso mismo inestable; desplegada no ya en el tiempo, sino en el espacio...” (Levi, M, 1995).

³ Los psicoanalistas post-kleinianos han estudiado la relación con el saber de los padres, a raíz de la caducidad del saber como un indicador metapsicológico del comienzo adolescente (Aryan, 1985, Meltzer 1998, etc.).

sentían autorizados por un cierto saber recibido. Podían intentar dominar el espacio y el tiempo de los hábitos de sus hijos.⁴

En tanto adultos el mundo de los jóvenes se presenta, por momentos, tan ajeno que impide el intercambio. Estos fenómenos si bien no son actuales—ya en la década del 50 sociólogos americanos describían a los *teenagers* y a sus modos de expresión como viviendo “en un mundo aparte”— hoy tienen una cualidad distinta y novedosa: utilizan la tecnología como forma de comunicación, boliches, cibercafés y otros lugares de encuentro ajenos a nuestros códigos, nuevos lenguajes y modas como forma de expresión.⁵ Igualmente valdría la pena discutir acerca del “saber” del que nos ocupamos los psicoanalistas, siempre supuesto, ilusorio y distinto del saber de las ciencias y—en este caso— del saber que en relación a las nuevas tecnologías los jóvenes creen poseer, absoluto y que se manifiesta más en el terreno de las destrezas.

Adolescencia, grupo y discurso de época

La sociedad desde siempre ha adoptado actitudes disímiles en cuanto a la sexualidad se trata. Así nos encontramos con épocas en los que ciertas prácticas sexuales eran legitimadas, mientras que en otras, las mismas han sido condenadas y hasta demonizados quienes las llevaban adelante.

⁴ Algunos autores subrayan el concepto de “otredad” en tanto expresión de códigos que no conocemos, y a los que nunca accederemos más que en su significación en un nivel superficial. Así describen que las sub-culturas a las que no pertenecemos, nos plantean una “otredad” a pesar de los grandes códigos compartidos. Estaríamos excluidos de este ambiente sub-cultural en lo que atañe a sus signos particulares, sus percepciones y sus prácticas. Definen “otredad” al desencuentro entre generaciones y destacan que en tanto los adultos no somos nativos de la cultura de la noche de hoy, somos nativos de otra cultura, y ésta se nos presenta opaca. Destacan la importancia de aceptar ese hecho cultural, es decir, “la presencia de otro cercano cuyos códigos no comprendemos” (Margulis, 2005). Así planteado el objetivo pasará entonces por ver la manera de conversar con los nativos, o sea, “reconocer su otredad” (Clifford Geertz, 1990), admitir su existencia y legitimidad, su sistema de percepción y comunicación.

⁵ Balardini define una nueva clase de especie urbana a la que llama “Ciberchabones” que serían una mezcla de counterstrike con aires de cumbia, o el rockerito que enfada a sus vecinos haciendo barra en la puerta del ciberlocal.

O “Los hombres se parecen más a su época que a sus padres” dice Marc Bloch (1949) citando un proverbio árabe, en su *Introducción a la Historia*.

Obviamente que parecido no es idéntico, y que el sujeto se constituirá entre aquello que sus padres hacen, aquello que no hacen, sus propios ideales, así como también a la época que les toca vivir. Pero vale la pena trabajar la antinomia entre “padres” y “época” para entender algunos de los fenómenos que hoy estamos discutiendo, ligado además a ciertas prácticas, que en relación a la sexualidad adolescente, estamos observando.

El ideal social antes soportado por el adulto, parece haberse desplazado hacia el adolescente. En ambos casos, en que las piezas no se encuentran en los lugares que solían frecuentar, el enroque dificulta los necesarios procesos de diferenciación y confrontación adolescentes.

Respecto de la necesidad de integración social de nuestros jóvenes, cuando los modelos reinantes promueven la ilusión de una realización individual con prescindencia del colectivo social, la promesa de identidad que dichos modelos encierran muchas veces desemboca en la masificación, que en el caso del adolescente se presenta bajo la modalidad alienante de las tribus urbanas (D. Rodríguez, 2010).

En éstas observamos, no sin algún grado de perplejidad, fenómenos de unificación y masificación imaginarias donde los jóvenes adhieren a los modelos de la época, y donde lo importante pasará por sentir que no quedan excluidos del juego social que les toca vivir, quedando los adultos como observadores pasivos de fenómenos que siempre son vividos con algún grado de ajenidad.

Valdría la pena discutir si estos fenómenos los consideramos actuales o si cada época no tuvo desde siempre su propia producción en serie a la que los jóvenes tienden a adherir, y en la que los adultos quedamos excluidos por definición.

Marc Bloch destaca en su libro, cómo ha aumentado la distancia generacional, en lo que llama el “...intervalo psicológico entre las generaciones, a partir de las revoluciones sucesivas de las técnicas... y concluye que... la distancia de los antepasados puede imprudentemente concluir que se ha dejado de estar determinado por ellos...”,

entendiendo que haciendo más peso en la balanza a favor de la “época” tal como él lo concibe.

Algunos autores del campo social estudiaron la noche urbana, la que resulta un espacio elegido por los jóvenes por su mayor privacidad, al predominar en ésta, cierta ilusión liberadora y sensación de dominio en contraposición al tiempo diurno dominado por los adultos. Subrayan que “los jóvenes no ofician su propia fiesta, no crean sus reglas, no regulan su espacio, siendo sólo actores de un teatro ajeno”. Así piensan que los jóvenes aceptan pasivamente reglas que no han creado a través de rígidas formas de admisión o exclusión, con códigos a los que deben someterse, adaptarse, mimetizarse, para ser elegidos, para tener éxito, para “ser miembros” (Margulis M., 2005).

Agregan que las ofertas para la diversión están construidas y los escenarios donde despliegan su urgencia por encontrar un lugar entre sus pares, de integrarse, para construir señales de identidad, son determinadas por otros intereses que aprovechan la necesidad del joven de protagonismo.⁶ En este esfuerzo de adaptación la cultura de la noche genera un efecto de aculturización, una socialización para ser aceptados, para pertenecer, para no ser excluidos.⁷

Así la noche, lo que se ha dado en llamar “la nocturnidad” actual, es un ámbito en el que el interjuego entre el mercado, protagonista central de nuestra era y presente permanentemente en nuestra existencia y en nuestros más mínimos actos, y las ilusiones adolescentes acerca de la existencia de espacios libres de la intrusión del mundo adulto, los hace ingresar en un espacio promovido, regulado y “capitalizado” por otros (Rodríguez D., 2010).

⁶ Estos temas se enlazan con la idea de “neotribalismo”: como “sensibilidades compartidas y emociones vividas en común, donde lo importante es, entonces, compartir el territorio, sea éste real o simbólico. (Maffesoli, 1988).

⁷ Otros autores como Sergio Balardini cuestionan la idea de “juventud como transición”. Plantean incluso que desde esta posición, cada etapa de la vida no podría ser entonces considerada, desde la misma perspectiva “de pasaje”. Consideran a la juventud como entidad propia, cada vez más prolongada y diferenciada en las sociedades contemporáneas. Reconsideran así también la idea de moratoria, la que para ellos tendría la intención de encuadrar la noción de juventud dentro de ciertos límites por la amenaza que este “rebasamiento” podría implicar.

Esta perspectiva describe además un aspecto de la juventud que se refiere a la necesidad de socializar. En el psicoanálisis con adolescentes sabemos que éste es un parámetro que nos interesa muy especialmente, en tanto su ausencia puede ser desde un indicador de algún aspecto preocupante, pero transitorio, hasta un signo de alarma en tanto no se va desarrollando en toda su dimensión, con el riesgo de un posible aislamiento social; el remodelamiento psíquico implícito en la adolescencia produce una externalización de los conflictos intrapsíquicos y es a través de la socialización con la consecuente proyección en el grupo de pares, la manera en que éste se irá tramitando. Asimismo el “esfuerzo de adaptación” al que hacen mención los autores citados, podríamos pensarlo metapsicológicamente como propio de un momento vital en el que necesariamente surgen las esclavitudes al uniformismo y el culto a la moda del subgrupo para evitar la “anomia transitoria”, como un intento de estabilización identificatoria en algún tipo de tribu urbana, frente a los fenómenos de desidentificación propios de la adolescencia por la destitución de las figuras superyoicas y sus ansiedades consecuentes.

La adolescencia al poner en jaque los posibles referentes que acompañaban la latencia en un plano de certeza y omnisciencia, y que permitían mantener la creencia en una estabilidad y una ilusoria identidad, hoy obliga al joven a una nueva búsqueda de elementos reaseguradores y evidencias de su pertenencia a una “mítica normalidad” (Moguillansky, C. 1995), es decir búsquedas de naturaleza especular, que suponen consistentes donde tranquilizarse, a partir de creer encontrar semejanzas que calmen la angustia propia de sentirse diferente que este período naturalmente conlleva. La comunidad adolescente le brinda así un reaseguro imaginario en este plano.

Encuentros y desencuentros generacionales

Situaciones clínicas como las presentadas, así como tantas otras problemáticas en la adolescencia, pueden frecuentemente llevar a que el desencuentro generacional se instale. Los jóvenes discurren entonces por la omnipotencia defensiva propia de su desarrollo, potenciado

en algunos casos por la sensación de que son los únicos que conocen un mundo que sorprende a los adultos.

A su vez muchos adultos extrañan el lugar que los mayores creyeron tener en otras épocas y no atinan a encontrar otros desde donde participar en la escena familiar, que es en última instancia, y sobre todo a partir de la adolescencia de los hijos, a la vez, escena social.⁸

Los adultos en este movimiento, si se dejan llevar por estos supuestos, corren el riesgo de terminar dejando a los jóvenes solos ante las dificultades que ofrece la estructura social a la posibilidad de integración.

Pero el adolescente que cuestiona a sus padres sólo “se muestra” autónomo. Lejos de serlo necesita una presencia que lo acompañe, que esté allí, mientras intenta que su omnipotencia infantil defensiva, después de dar una dura batalla, se organice alrededor de un proyecto identificador que guarde alguna posibilidad de resonancia con el mundo y la época que lo rodea. Las generaciones “en relación”, hoy en día, tienen por delante el difícil desafío de construir un idioma que facilite una traducción existencial en el que ambas enfrentan enigmas. Y los psicoanalistas tenemos bastante para aportar allí a partir del modelo de producción de síntoma del que partamos, de la concepción que tengamos acerca de lo que enferma y por ende cómo favorecer el camino de la cura.

Adolescencia e Internet

No podemos dejar de mencionar los fenómenos que observamos, bastante perplejos a veces, respecto de la manera como nuestros

⁸ Peter Blos ya decía en 1969: “...la creación de un conflicto entre las generaciones y su posterior resolución es la tarea normativa de la adolescencia. Su importancia para la continuidad cultural es evidente. Sin este conflicto no habría reestructuración psíquica adolescente...” (Blos, 1979).

Esta idea da por tierra con las ilusiones de armonía entre padres e hijos en la crisis de la adolescencia, y nos recuerda que el desencuentro entre ellos no es contingente, sino estructural e imprescindible para la continuidad cultural y el proceso de reestructuración psíquica adolescente (Rodríguez D., 2010).

jóvenes utilizan Internet en relación a la temática que hoy estamos discutiendo. El impacto de las nuevas tecnologías de comunicación se hace sentir en el proceso evolutivo adolescente, en su sexualidad, en los motivos de consulta, y en los ideales de jóvenes y adultos.

Sherry Turckle (1997) en su libro *La vida en la pantalla* le dedica un capítulo a “Sexo virtual y problemas de género”. Allí describe experiencias de distintos usuarios que utilizan Internet para “jugar” a ser de otro sexo y que tienen como finalidad averiguar “cómo se siente siendo ese otro”.

Compara estas situaciones tan complejas, que no son nuevas a su entender, con la novela de Shakespeare “As you like it”, en el que el personaje de Rosalind era interpretado “...por un muchacho que interpretaba una joven que interpretaba un muchacho que interpretaba una joven para que pudiese tener una conversación amorosa con un chico...” Se realiza así un juego de travestismo sexual, similar al practicado por muchos usuarios actuales de Internet, en el afán de indagar acerca del deseo del otro. Tomando como referencia esta comedia escrita hace cuatrocientos años, la novedad parecería el aporte de la sofisticada tecnología actual, que brinda los elementos para una mejor puesta en escena de los interrogantes del proceso adolescente, siempre presentes.

Psicoanálisis de la sexualidad adolescente hoy

Como planteara al comienzo y en calidad de interrogante creo que cabría pensar si estamos observando una nueva problemática clínica, o lo problemático es aquello nuevo que conmueve a los padres en las consultas por sus hijos, y no necesariamente a ellos.

O tal vez lo nuevo tenga que ver con la necesidad de re-pensar la manera cómo concebíamos desde el psicoanálisis la sexualidad adolescente antes, respecto a cómo la concebimos ahora, si se presenta diferente la sexualidad, o si nuestra observación es diferente hoy.

Esto habría que tejerlo también con la discusión acerca de si existe una nueva metapsicología, en tanto la represión no se instauraría tal como acostumbrábamos observar, produciéndose así una nueva variedad de cuadros psicopatológicos y nuevas formas de subjetividad, o si

manteniendo las mismas constantes estructurales las neurosis clásicas sólo se amoldan a nuevas formas sociales que en un intento de sortear la represión, encuentran nuevas modalidades de expresión.⁹

A manera de cierre debemos no perder de vista que es el sufrimiento el único motor para el análisis. Al momento de la consulta deberíamos preguntarnos ante qué formaciones neuróticas nos encontramos y cuáles son las posibilidades de operar en torno a ellas.

En otros términos, realizar una exploración de la estructura psíquica para saber si hay condiciones de operar psicoanalíticamente: formación de síntomas y sufrimiento, indicadores de la instalación de una represión eficaz y del funcionamiento de un aparato psíquico clivado en dos sistemas en conflicto.

En el mismo sentido preguntarnos cuál debe ser nuestra postura ante la demanda del paciente “en ese momento” de la consulta. Pensar si están dadas las condiciones para la instalación de un análisis y tomar una posición acerca de la decisión o no de comenzarlo.¹⁰ Esto nos permite evitar posibles adoctrinamientos, para que sea el deseo de cada quien, singular, lo que le permita una elección con el mayor margen de libertad posible.

Siempre estamos expuestos al riesgo de pretender crear de manera supletoria, sujetos en serie, según nuestros propios modelos e ideales. Esto tiene un plus agregado en cuanto a suponer cómo la sexualidad debería ser, cosa que en realidad desconocemos. Habrá que pensar entonces en múltiples y diferentes resoluciones posibles de las adolescencias, y tal vez de la sexualidad también.

⁹ Desde el campo de la historia Ignacio Lewkowicz decía “...si se perturban los saberes establecidos sobre el sujeto y sus padeceres es porque en rigor constituyen patologías de otro tipo de sujeto...” (I. Lewkowicz, 2004).

¹⁰ Marie-Cecile y Edmond Ortigues subrayan el valor de las entrevistas preliminares en esta etapa de las consultas, jerarquizando la importancia que el paciente llegue a “...tomar una decisión que sea la suya...” (Ortigues, 1986), tomando en cuenta los fracasos terapéuticos que se producen cuando se pretende aplicar el dispositivo y el paciente aún no está preparado para enfrentar las consecuencias que esta decisión lleva implícita. Si bien esta conceptualización la refieren a los análisis de niños, creo que es igualmente aplicable a la clínica con adolescentes.

Bibliografía

- ARYAN, A. (1985) La adolescencia. Aportaciones a la metapsicología y psicopatología. En *Psicoanálisis*, Revista de Apdeba, 1985, Vol VII, N° 3. Buenos Aires.
- BALARDINI, S. (1999) “Juventud de fin de siglo: fragmentos, transiciones y permanencias”, presentado en el Laboratorio de Adolescencia de las *IV Jornadas de Adolescencia de la Asociación Psicoanalítica Uruguaya*. 1° y 2 de octubre 1999.
- (2004) De dejáis y ciberchabones; subjetividades juveniles y tecnocultura. Jóvenes. En *Revista de estudios sobre juventud*. México D.F.
- BARREDO, C. (1991) Cambios en la Pubertad. *Psicoanálisis*, Revista de Apdeba, 1991, Vol. XIII, N° 3. Buenos Aires.
- BLEICHMAR, S. (1988) Mesa Redonda sobre “Indicaciones y contraindicaciones en el tratamiento psicoanalítico de niños”. En *Revista de la Asociación Escuela de Psicoterapia para Graduados* N° 15. Buenos Aires.
- BLOCH, M. (1949) *Introducción a la Historia*. Fondo de Cultura económica. México.
- BLOS, P. (1979) *La transición adolescente*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1971) *Psicoanálisis de la Adolescencia*. México: Editorial Joaquín Mortiz.
- DOLTO, F. (1997) *La causa de los adolescentes*. Buenos Aires: Paidós.
- ESPINOSA, R. Y KOREMBLIT, M. (2008) Adolescencia y tecnocultura: aproximación a las culturas juveniles y a las nuevas formas de lazo social desde una perspectiva psicoanalítica. En *Psicoanálisis*, Revista de Apdeba, Vol. XXX, N° 2/3, año 2008. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1905) Tres Ensayos para una Teoría sexual. *Obras Completas*, Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1939) Moisés y la religión monoteísta. *Obras Completas*, XXIII Vol. Buenos Aires: Amorrortu.
- KLEIN, M. (1946) Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. *Desarrollos en Psicoanálisis*. Buenos Aires: Horme Ed.
- LACAN, J. (1955-56) Seminario III. *Las Psicosis*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- (1956-57) Seminario IV. *La Relación de objeto*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- LEIVI, M. (1995) Historización, actualidad y acción en la adolescencia. *Psicoanálisis*, Revista de APdeBA, Vol. XVII, N° 3. Buenos Aires.
- LEWKOWICZ, I. (2004) *Pensar sin estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- MARGULIS, M. (2005) *La cultura de la noche*. Buenos Aires: Ed. Biblos.
- (2007) *Familia, hábitat y sexualidad en Buenos Aires*. Ed. Biblos. Bs. As.
- MELTZER, D. (1998) *Adolescentes*. Buenos Aires: Editorial Spatia.
- MOGUILLANSKY, C. (1995) Remodelamientos del superyo en la adolescencia. *Segundas Jornadas del Departamento de Niñez y Adolescencia de APdeBA*. Bs.As. 30 de junio y 1° de julio 1995.
- ORTIGUES, M-C. Y E. (1986) *Cómo se decide una psicoterapia de niños*. Editorial Gedisa. Bs. As.

RODRIGUEZ, D. (2010) Comunicación personal.
TURCKLE, S. (1997) *La vida en la pantalla*. Ed. Paidós. Barcelona.